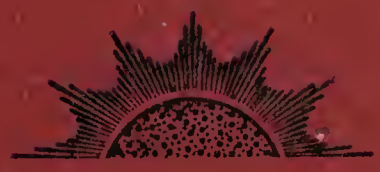
TEATRO DE COMBATE

Los Rebeldes

POR

José Domenech



LEÓN.—1912
TIPOGRAFÍA DE «LA DEMOCRACIA»

OS REBELDES

JUNTA DELEGADA
DEL
TESORO ARTISTICO

Libros depositados en la
Biblioteca Nacional

Procedencia

T. LORRAS

N.º de la procedencia

3730

COMEDIA

DRAMÁTICA EN UN ACTO,
TRES CUADROS Y EN PROSA

ORIGINAL DE

JOSÉ DOMENECH

: : : LEÓN.—1912 : : :
TIPOGRAFÍA DE
«LA DEMOCRACIA»

PERSONAJES

DOÑA TERESA, mujer del Alcalde.
EMILIETA, joven, hija de la anterior.
LA VINAGRA, mujer del tío Blas.
DON VENANCIO, Alcalde.
SEÑOR TOMÁS, Secretario del Ayuntamiento.
QUICO, Alguacil del id.
TIO BLAS, marido de La Vinagra.
MAURICIO, joven, hijo de La Vinagra.
Secretario del Juzgado.
efe de la cárcel.
Guarda de monte.
abrador 1.°
lem 2.°
os oficiales de herrero y un aprendiz.
uardia civil y gentes del pueblo.
n muchacho.

723071

Digitized by the Internet Archive
in 2019 with funding from
University of North Carolina at Chapel Hill

https://archive.org/details/losrebeldescomed00dome

ACTO UNICO

CUADRO PRIMERO

Habitación de despacho sencillamente amueblada. Puerta en el foro, y á sus lados ventanas con vidrieras esmeriladas á través de las que se verá la luz exterior. En último término, izquierda, otra puerta de entrada á las habitaciones interiores. A la derecha, en segundo término, una mesa y sillón grande de cuero. Sobre la mesa menaje de escritorio, libros, papeles y un quinqué encendido. Sillas y demás muebles antiguos.

Época actual.

Por derecha la del actor.

ESCENA PRIMERA

Al levantarse el telón aparecerán entrando en escena por la puerta de la izquierda la Alcaldesa (D.ª Teresa) y su hija, con trajes de señoras de pueblo. La primera traerá de la mano á su hija, y una vez dentro y empezado á hablar, se pondrá á limpiar y arreglar los muebles. Emilieta se dirigirá con lentitud á sentarse en una silla, á la derecha de la mesa (lado proscenio), en donde quedará en actitud pensativa.

ALCALDESA. *(Entrando)*. Ven hija mía, entra y me acompañarás mientras arreglo un poco esta habitación, pues se aproxima la hora de que venga tu padre, y si trae gente no quiero vean esto tan mal puesto. ¡Jesús que criadas estas!... Mira Emilieta, para que podamos fiarnos de ellas... ¡Qué torpes y qué sucias son!...

EMILIETA. Ya, ya... Cualquiera diría que no habían pasado la mano por aquí... está lleno de polvo.

ALCAL. Y hoy que tenía yo el mayor interés en que todo estuviera como los chorros del oro...

EM. ¿Sí?... pues hoy peor que nunca. ¿Va á haber junta esta noche?...

ALCAL. Según me ha dicho tu padre se han de reunir aquí, con él y Tomás el Secretario, todos los concejales del Ayuntamiento. Y ya ves, hija mía, qué gentes son, peor que mujerzuelas; como no entienden una papa de lo que vienen á tratar, se distraen fisgándolo todo, buscando te-

las de araña, examinando si tienen polvo ó no las paredes, para criticarlo luego en sus casas con las mujeres.

EMI. Así es, así es. Y lo mejor que hacen durante las sesiones es dormirse, después de haber contado todos los ladrillos del suelo y las vigas del techo. Yo no sé para qué les citan.

ALCAL. Verdaderamente, porque en el Ayuntamiento no se hace más que lo que quiera tu padre... y para prueba, que se acuerden de lo que le pasó al tío Blas, el marido de la tía Vinagra, cuando fué Concejal.

EMI. *(Mirando para su madre con mucho interés).* ¿Pues qué le sucedió? madre.

ALCAL. *(Dejando de limpiar y poniéndose al lado de su hija).* Hija, era preciso, para que pudieras juzgar, te diera á conocer hechos anteriores, tendríamos que buscar los orígenes.

EMI. *(Con marcado interés).* Pues bien, sí, ese es mi deseo, yo te ruego me lo cuentes.

ALCAL. Verás... te lo contaré... Eras tú muy pequeñita, por eso no es extraño no sepas esta historia que todo el pueblo conoce. Fué el tío Blas, en su juventud, uno de los muchachos más revoltosos de su época. Hasta entonces nadie se había atrevido á turbar la paz y la tranquilidad de esta villa, representada y administrada desde tiempo inmemorial por todos tus abuelos; pero yo no sé de dónde demonio saldría aquel alma rebelde, quién le inspiraría aquellas ideas infernales, que de rebaño de ovejas le convirtió en manada de lobos ó perros rabiosos...

EMI. ¡¡Jesús!!..

ALCAL. ...que se dejaban arrastrar por aquel muchacho que en fogosos discursos hacía tragar á las infelices gentes un amasijo de palabras y nombres raros, entre los que siempre sobresalían estos «¡altruismo! ¡emancipación!» y qué se yo cuántas más así de misteriosas.

EMI. *(En tono de amable reconvención).* Esas, madre, no son palabras raras ni de misterio, por el contrario, son bien conocidas y hermosas.

ALCAL. Parece que le estoy viendo ahí, en medio de esa plaza, gritando como un desaforado, con la faz desencajada y los ojos inyectados en sangre, terminando sus discursos en una solemnidad que daba frío, con estas palabras: «¡amor!» «¡igualdad!» «¡fraternidad!»

EMI. No serían malos cuando tenían tan hermoso epílogo.

ALCAL. Calla, hija mía, no dirías eso si supieras cuántos disgustos nos ocasionó aquel demonio de Barrabás. Bástate saber que todas sus furias se desataban hablando contra los curas, los ricos y contra todos los poderes constituídos, y que, acosados por sus descaradas argucias, vimos llegar nuestro poderío hasta el ocaso, mancillada, escarnecida la alcurnia heredada de nuestros ilustres abuelos, señores feudales de todas estas comarcas.

MI. ¿Y qué perjuicio podían temer de él, si ningún daño le hacían?...

LCAL. Muchos y grandes, puesto que todo su afán estaba en la intervención en los fondos del Municipio, y, claro está *(en voz más baja)*, hacía la del perro del hortelano... ¡Con estas cosas, hija mía, pasó la casa una crisis muy grande!... ¡Nos vimos casi en la última miseria!...

II. Lo creo, lo creo.

CAL. Sí, hija mía, sí. En vano fué que tu abuelo, por aquel entonces Alcalde, tratando el asunto con alguna blandura, le deportara á lejanas tierras, pues, cual si fuese el mismo diablo, cuando menos se le esperaba, se presentaba con mayores bríos. Y así un día y otro día, y así un año tras otro, siempre en la misma lucha, las zozobras vencieron en el ánimo de tu abuelito, que sucumbió víctima de tantos sinsabores... *(Llorosa)*. ¡Fué un mártir!...

E. *(Aparte)*. Triunfo mezquino de las ambiciones humanas... *(Con ironía)*. ¡Fué un mártir!...

A AL. De nada sirvió tampoco que tu padre, mudando de táctica, le vendiera una amistad fingida y le hiciera Concejal; todo fué inútil. ¡Qué mal alma

tenía aquel hombre! *(Con misterio)*. Hay en esta historia, hija querida, un misterio muy grande que es un martirio para mi alma .. *(Breve pausa y transición)*. ¿Pero qué te voy á decir á ti? Tu inocencia no debe conocer aún esa maldad ruin de algunos hombres que hacen mercado del corazón de las mujeres.

EMI. *(Aparte)*. El amor ni se compra ni se vende.

ALCAL. *(En un arranque decisivo)*. Mira, escucha. En aquella época, cuando todos andábamos desorientados porque el pueblo, señalándonos, nos ponía el «inri»; cuando por todas partes nos asediaba la amenaza constante de aquel hombre, surgió una mujer... *(Pausa)*... no sé cómo, ni de dónde *(Aparte y con amargura)* y en vano han pretendido indagarlo mis celos... *(Pausa y con naturalidad)*. Bruja ó hechicera debiera ser á más de arrogante y hermosa; no han visto luz ojos que más fascinen, ni hay palabra que más arrulle; tenía su expresión un no sé qué atrayente, misterioso; parecía sus ojos lloraban riendo y su risa cantaba llorando. Hechicera misteriosa que, sin más compañía que la de un pequeñuelo á quien lenguas que aseguran dan por hijo, fué el centinela avanzado puesto por tu padre en la vanguardia.

EMI. *(Aparte)*. La inocencia y el amor entre sombras de misterio y falsedad.

ALCAL. Trabajo costó que aquel hombre cayera en las redes, y más valiera no hubiera caído, porque desde aquella fecha sembrada tenemos la cizaña en nuestros campos. Aquella mujer se unió á nuestro rival y nos vendió, declarándonos la guerra como él é imbuyendo el encono de sus ideas en el corazón de su hijo, el cual es hoy nuestro mayor enemigo. ¿Ya sabrás á quién me refiero?... Aquella hermosa de otros tiempos es hoy una vieja, la tia Vinagra, y su hijo, Mauricio el herrero.

EMI. Sí, sí, les conozco. Y dime, madre, ¿qué fué del tío Blas?...

ALCAL. Pues verás... Como consecuencia de aquellas

intransigencias surgieron los odios, emboscadas, luchas violentas, una víctima y un hombre que pierde el hogar por tener que huir de la justicia: éste fué el tío Blas, del que no se ha vuelto á tener noticia *(Variando de entonación)* y cosa que nos hizo opinar que la Guardia Civil debió entendérselas con él.

EMI. ¡Oh, pobrecito!... ¿Y no había cometido más delito que ese para...

ALCAL. ¿Y te parece poco?... Pues, hija mía, si no le matan, puede que á estas horas nos hubiéramos muerto de hambre, porque mandaba ya más que tu padre en el Ayuntamiento y... *(Con reserva y en voz baja)*... tu padre no podía hacer ningún negocio ¿me entiendes?

EMI. Pero dime, madre, de los sucesos de aquella época ¿guardará mi padre odios y rencores?...

ALCAL. Mira, te diré, sí y no, pues si bien cesó un tanto la rivalidad con esa familia, por juzgar bastante el castigo, me consta los odia. ¡Le hicieron tanto sufrir!

EMI. Sí, pero estos ¿qué culpa tienen?

ALCAL. No los defiendas, hija mía, vienen de mala raza, son todos unos rebeldes. *(Estas últimas palabras las dirá al mismo tiempo que continúa limpiando los muebles más distantes de su hija).*

EMI. *(No empezará á hablar hasta que su madre haya empezado á limpiar. Su actitud será de resolución).* Obscuro es en verdad el horizonte de mi esperanza... No en vano lo presentía mi corazón... Se lo dieron á conocer los unos con sus ensañamientos y el otro con sus misteriosos recelos, que estaban en pugna con su carácter franco y atrevido... Quería, al hallar sola á mi madre, confesarla un secreto que tenerlo oculto me parece una infamia, pero al escuchar de su boca esa historia tenebrosa, se ha oprimido mi corazón y formado un nudo en mi garganta... Predestinación será el que tropiece en el paso por la vida con este erial lleno de abrojos... Siento desfallecer mi valor... y, sin embargo,

habré de dominarlo... No sé qué fuerza irresistible me impele á romper esa barrera de odios y rencores. En la humanidad, le he oído decir, todos somos hermanos... ¿A qué, entonces, esa lucha fratricida? ...¿Volver atrás?... ¡no!... no lo intento... no debo de intentarlo... Su mismo fuego, el fuego sagrado del amor que siento por todos ellos, me infundirá valor y venga lo que viniere marcharé adelante... *(Pausa)*. Dicen que es un rebelde... porque no se doblega á injustas imposiciones... porque no se humilla... yo también debo de serlo, sí; me lo dice este fuego que siento correr por mis venas animando á mi voluntad al efecto de sus entusiasmos... yo tampoco puedo doblegar las pasiones de este corazón que se deja arrastrar por el imán de la rebeldía... *(Transición brusca)*. ¡Ah!... ¿Pero qué digo?... Dejándome dominar por los impulsos de mis sentimientos, olvidaba que soy hija que aquí, próximo á mí, está otro amor, inmenso también como el suyo, el amor de estos ancianos que son mis padres... y él... al fin él, no es más que... *(Con enérgica resolución)*... ¿no es? ¿no es, he dicho?... ¡Mentira! miente este pobre corazón, que pretende engañarse... Su amor domina en mí todo sentimiento, se eleva sobre todos. *(Antes de terminar Emilieta las últimas palabras, la Alcaldesa dejará de limpiar y se quedará mirando para su hija, acercándose á ésta cuando haya terminado de hablar)*.

ALCAL. ¡Emilieta, hija mía!... ¿Qué te sucede?... ¡Te he escuchado hablar sola!... *(Cogiéndola una mano)*. Estás acalenturada!... ¡Dime, por Dios háblame!...

EMI. ¡No!, nada, me encuentro bien, te lo aseguro. pero...

ALCAL. ¿Qué?

EMI. Tú eres muy buena, madre mía, y puesto que pides hable, te haré mi confidente. *(Aparte)*. El valor... *(La Alcaldesa coge una silla y se sienta muy cerca de su hija)*.

ALCAL. Habla, que te escucho.

EMI. *(Aparte)*. ¡Cómo empezar, Dios mío!

ALCAL. ¿Es acaso, hija mía, que te cansas ya de esta vida del pueblo?... ¿Es que estás á disgusto?... Ya hace un año viniste de la Capital y no nos movió hacerte dejar el colegio, más que el deseo de tenerte á nuestro lado... y si así es ¿por qué no me lo has dicho?...

EMI. Pero... si no es eso, madre... si ni aun siquiera es disgusto lo que siento... es más bien lo contrario; es decir, tiene de todo... ¡Si yo pudiera explicártelo!... No te extrañe si te parezco en esta ocasión menos explicita que en ninguna otra, porque yo misma no me entiendo... Lo que pasa por mí es un sentimiento nuevo, desconocido... Un sentimiento indefinible y misterioso, así como la extraña armonía de temores y esperanzas, que oprimen mi pecho y arrasan mis ojos de lágrimas.

ALCAL. *(Aproximándose á su hija y estrechándola contra sí)*. ¡Cómo!... ¿y lloras, hija mía?... ¿Qué temes al lado de tu madre que te quiere con toda su alma?...

EMI. Temo, sí, temo hablarte á pesar de que tú, madre mía, te ofreces á escucharme y sin embargo no puedo menos, es preciso.

ALCAL. Pues habla, hija, sin temor y si es que sufres, dime por quién; de dónde dimanan; quiero interponer entre tí y ellos mi corazón encallecido por los sinsabores, para que se estrellen en él, evitando así lleguen hasta tí los sufrimientos... Pero si mal no recuerdo te oí comparar amores. ¿Son acaso de amores tus querellas?... ¿Es la ingratitud de algún desvío lo que lloras?...

EMI. ¡Quién sabe! puede que sí.

ALCAL. Entonces, dime... ¿Quién osó aproximar á tu joven corazón esas espinas?...

EMI. Tu inconsciencia, madre querida.

ALCAL. ¿Yo?... ¿Cómo?... ¡No comprendo!... Explícate, por Dios te lo pido.

EMI. Hace un momento y refiriéndote á historias del pasado, me has hecho una revelación que em-

pieza empañando con las negras sombras de lo imposible la aurora de mi felicidad, ofreciéndome para el porvenir una corona de espinas como premio á mi martirio. Tú has colocado la primera que se ha clavado en mi corazón, ¿permitirá el tuyo, de madre cariñosa, la lleve conmigo hasta la sepultura?...

ALCAL. ¡No, hija mía, no! aun cuando para arrancarla tuviera que herir en las fibras más sensibles de mi alma.

EMI. Ea, pues sea... escúchame... Madre, en la existencia del hombre hay algo más bello, más hermoso, más grande que el apego á los intereses, al cariño, al sustento que pródigo nos da el terruño que se cultiva; un algo que encierra en sí las alegrías inmensas del vivir, acrisoladas en los sentimientos más puros de nuestros espíritus. Para que lleguen á nosotros, hay que levantar los ojos de la tierra que pisamos y dirigirlos hacia la humanidad; no con la mirada interesada del avaro que arroja con sentimiento sobre la tierra labrada la semilla que ha de dar á su egoismo el ciento por uno; sino con el afecto fraternal que debe unir á todos los seres de la gran familia humana; sembrando en los corazones la caridad y el perdón, para recoger el fruto sagrado del amor. ¿Verdad que es hermoso esto, madre mía?

ALCAL. Hermoso, hermosísimo, pero no sé qué misterio vislumbro en tus palabras que me hace sufrir atrozmente

EMI. ¿Es que te arrepientes? .. ¿No acabas de decirme que si preciso fuera, para curar la herida que has abierto en mi corazón, la sufrirías gustosa en el tuyo?

ALCAL. Sí, hija, sí, y te lo repito, que hasta tal punto llega el amor que te profesa tu madre.

EMI. Pues bien, es llegado el momento de que me lo pruebes. Yo exijo de ese amor un sacrificio que lo ponga al nivel de lo sublime. ¿Me lo negarás?...

ALCAL. ¡Me tienes desorientada, hija! Pide lo que quieras.

MI. El perdón para Mauricio, única cosa que impide sea feliz el amor que le profeso.

ALCAL. *(Sorprendida)*. ¡Pero hija!...

MI. Qué, ¿te arrepientes?...

ALCAL. ¡Un!... no, pero... tu padre...

MI. Para convencerte á tí he sido yo sola, ¿no habremos de convencerle á él si tú me ayudas?

ALCAL. Qué sé yo... veremos...

MI. *(Abrazando á su madre)*. Mil gracias y el cielo te lo premie, madre mía...

ALCAL. *(Interrumpiendo)*. ¡Calla! parece que siento á tu padre... *(Escuchando)* sí, él es... serénate, que aquí viene. *(Al terminar las últimas palabras y antes de que entre el Alcalde la Alcaldesa se levantará de la silla y se pondrá á limpiar la mesa. Emilieta, sin moverse del puesto que ocupa quedará pensativa)*.

ESCENA II

Los mismos, el Alcalde y el Alguacil, que entran por puerta del foro: el primero se dirije á su mesa, sentándose en el sillón de cuero y, á la que habla las primeras palabras, examinará unos papeles que dejará el Alguacil; éste, después de saludar y ofrecerse, hará mutis por puerta foro.

ALCALDE (*Entrando*). Buenas noches nos dé Dios, Teresa.

ALGUACIL (*Entrando y exageradamente adulador*). Buenas noches, señoritas.

ALCAL. (*Dejando de limpiar*). Así sea para todos.

ALG. ¿Se ofrece alguna cosita?... (*A la Alcaldesa*).

ALCAL. No; puedes retirarte.

ALG. (*Haciendo una reverencia muy exagerada*). Pues con su permiso. (*Mutis por foro*).

ALCALDE ¡Hola! Está también aquí mi Emilieta!

EM. Sí, papá.

ALCAL. Sí; ha estado ayudándome á arreglar la habitación, porque como me dijistes vendrían hoy todos los Concejales, y ya sabes lo que les temo.

ALCALDE No, no será fácil que vengan. (*A Emilieta*). Ven, acércate que te dé un beso.

EMI. (*Se acerca á su padre á la par que se limpia los ojos con rapidez*).

ALCALDE (*Cogiéndola de la mano y dándola un beso*). ¡Qué calor tienes, chiquilla!... ¿Qué te pasa?... ¿Tú has llorado?... ¿Tienes los párpados inflamados?...

EMI. Nada, no, papá... es...

ALCAL. (*Al Alcalde*). Mira, sí, ha llorado, no hay por qué ocultártelo, es muy natural... me ha hecho declaraciones que .. como es una niña... el rubor... su educación... lo mismo me sucedió á mí... pero, en fin, yo la he dicho que se tranquilice, que el tener amores no es un pecado, pero... tu no sé cómo lo mirarás... tal vez...

ALCALDE ¿Con que se trata de amores?... ¿Y por eso lloras?... ¡Calla, tontina! (*Acariciándola*). ¡Pícaro amor, que maltratas á mi Emilieta!... ¿Pero quien es él?... sepamos.

ALCAL. Mira, Venancio, los padres somos muy egoistas, quisiéramos para nuestros hijos unos reyes, no nos fijamos en que al amor no hay que buscarle, él viene solo y cuando menos se le espera; unas veces bajo el lujoso equipo del potentado; otras cubierto con el humilde traje del obrero; de todas las maneras no debemos despreciarle, sino recibirle con los brazos abiertos, puesto que es fruto de semilla derramada por el Cielo. ¿Qué equivale un sacrificio por nuestra parte comparado con la felicidad de nuestra hija?... ¡nada! Ea, echemos á un lado los egoismos y si es preciso, para que ella viva feliz y bendiga el día de mañana la memoria de sus padres, borremos odiosos resentimientos que á nada conducen, sea la paz la que rodee los últimos años de nuestra existencia.

ALCALDE (*Riendo*). Sabes que me gusta tu peroración, estás elocuente. Pero, dime, ¿á qué viene esa preparación tan misteriosa?... explícate claro me pones en cuidado, ¿de quién se trata?

ALCAL. Pues se trata... de que tu hija está enamorada de.. Mauricio el herrero.

ALCALDE (*Sorprendido*). ¡Cómo!... ¡eso es imposible!.

(*Incomodado*). ¡Teresa! ¡Emilieta!... ¿es que os estáis burlando de mi?... (*A la Alcaldesa*). ¿Y tú, conociendo mi carácter, te has atrevido á venir con esa embajada?... ¡Vamos, señor!... ¿No valen más que el capricho de una chiquilla mi reputación, los sacrificios de tantos años de lucha por sostener el puesto que ocupo, del cual depende el bienestar de la casa?... ¡Teresa! ¿es que has perdido el juicio?... ¡Creí me hablabas en serio!... pero no es posible que tan pronto hayas olvidado la negra historia del pasado, las horas amargas y las lágrimas que te ha hecho verter esa familia con quien ahora quieres aliarte. (*Muy incomodado*). Tú ya sabes quién es Mauricio, un perdido, un radical, un exaltado, uno de esos apóstoles que predican teorías del demonio, un anarquista ó cosa peor, un demoledor terrible, enemigo de la religión, del orden, de la sociedad, de la justicia... Lucifer en persona. Debieran sonar con horror y odio en vuestros oídos, los nombres del tío Blas, la Vinagra y su hijo... (*Incomodadísimo*). ¡No!... No puede ser eso que me decís. A cualquiera cediera mi hija, á ese ¡nunca!...

II. (*Con desaliento*), ¡Dios mío! ¡Dios mío!

CAL. Venancio, perdóname te tenga que contestar de esta manera, pero tu modo de proceder lo provoca. Te has referido, poniendo de obstáculo á las pretensiones de nuestra hija, al pasado reciente, al ayer que se fué para no volver, á él voy acudir yo también para ponerte de manifiesto cuán injusta es tu obstinación. (*Aparte*). Duro es, pero no queda otro remedio. (*Al Alcalde*). Habré de recordarte el principio fundamental de aquella historia que se extiende desde época remota hasta el presente. ¿Recuerdas cuál fué su causa?... ¿Qué motivó aquellos enconos, aquellos ensañamientos?... (*Breve pausa*). (*El Alcalde se queda pensativo, los codos sobre la mesa y la cara entre las manos*). ¡Sí!... Fué un legado de nuestros abuelos. Las ansias delirantes de grandeza, frente á la justa oposi-

ción; de allí, las intrigas, los odios, y de éstos (*indicando á su hija*), lágrimas de inocentes y tristes infortunios.

ALCALDE (*Con malos modos*). Pero, vamos á ver, ¿es qu os habéis propuesto consumirme hoy la pacien cia?... (*Furioso*). Prohibo terminantemente m volváis á hablar de ese asunto y. . dejadm solo... lo suplico... tengo asuntos que merece más mi atención que no ese.

EMI. (*Implorando llorosa*). Por Dios, padre, escúch nos, yo te lo ruego por la memoria de m abuelitos.

ALCALDE (*Muy incomodado se levanta con ademan soberbios, indicándolas la puerta*). Repito q no, y que me dejéis solo.

ALCAL. (*A Emilieta*). Ya lo oyes, hija mía, renuncia tu idea... No me exije más el título de madr Tú serás otra desgraciada como yo: la avarici el interés execrable, el egoísmo vil, vendrá por tí y abrazará á tu oro... Vamos, hija mí vamos. (*La Alcaldesa cogerá con ternura p la cintura á su hija y vanse por puerta de h bitaciones. El Alcalde se quedará pensativ mirando hacia la puerta por donde desap recen*).

ESCENA III

ALCALDE (*Sentándose*). ¡Pero cómo diablos se enred las cosas para mi martirio!... Sólo me falta ahora esto... ¡Qué tortura más horrorosa e aguijoneando á mi alma!... ¡Pobre hija mía! Víctima inocente, tú eras la predestinada p redimir mi culpa y, por mi pecado, la Provid cia te elije para que por tí reciba yo su castig Me atormenta el pensar que yo soy quien d troza la ilusión más hermosa de tu vida... p no puedo menos... no puedo... no puedo... es esto para mí un misterio, no; mi imaginaci rompiendo las sombras, descubre una venga cruel, que se oculta tras el perfil espectral mis delitos... ¡Oh, la conciencia!... Ahora

creo que existe... Tú, hija, eres la primera luz que, alumbrando sus tenebrosidades, la muestras á los ojos de mi alma... ¡Quién sabe! Tal vez tenga razón Teresa, y esto sea un castigo á la ruindad de mi egoismo... Mas ni ese vendrá á por tí... el interés execrable no abrazará á tu oro, porque tu oro ya no existe, que hasta esa desgracia tienes. Tu padre te ha despojado de él como de tus amores... Y sin oro y sin amor, palancas que mueven el concierto de la vida, ¡qué fría será tu existencia sin su abrigo!... ¡Quién pudiera retenerlos!... Yo sé por qué huyen estos dones poderosos que hermanan lo terrenal con lo divino; ciegos por la ambición, no vieron jamás mis ojos el lazo santo que los une, el brillo del oro fascinó mis sentidos y desprecié el amor, sin fijarme los hizo el Cielo para vivir unidos, y el uno huyó desengañado por mis desdenes y el otro espantado por la ruindad de mi egoismo. (*Pausa trágica, en que el actor demostrará, en gestos y voz, el terror á la maldición*) Me hiela hasta los huesos el frío del terror, al pensar alcanzará á mi hija aquella herencia legendaria de que me habló mi padre; que siento como él, yo también ya, socavándome el corazón; herencia no de amor, sino de maldición para aquellos que huyendo de la virtud me enseñaron á odiarla. ¡No, hija mía, no me maldigas si labro tu infelicidad!... Yo te abriría mi pecho y te mostraría las huellas que han producido en él las torturas de los secretos que encierra, pero... no puedo, no me dejan... soy un mártir como tú. No soy libre, soy un esclavo que arrastra en pos de sí la pesada cadena de la hipocresía y del fingimiento *(Con amargura)*, y no sabe el mundo que me juzga que soy digno del perdón, siquiera por lo que se sufre al esforzarse en mostrarle la sonrísa en los labios cuando el alma está llorando. *(Breve pausa en que el actor demostrará abatimiento)* ¡Ya no puedo redimirme!... ¡ya es tarde! Tu amor y tus penas, hija de mi alma, forman el

eslabón que más me oprime y sujeta á la vida pasada. *(Transición brusca que irá lentamente, según indica la obra, pasando al abatimiento)* Mas ya que no puedo sacudir de tí el legado de la maldición, lo haré del de las lágrimas... Tú no llorarás, hija mía, porque yo, ahogando los remordimientos, lucharé, fuere como fuere, para acumular sobre tí oro y riquezas á montones hasta atrofiar tus sentimientos; su brillo será la luz que ilumine tu paso por el mundo, y no te faltarán amores ventajosos que puedan aceptarse... y te envidiarán las gentes, que seguirán viéndome á mí sonreir una felicidad mentida, mientras caen gota á gota sobre mi corazón *(Llorando)*, convertidas en hieles, estas lágrimas egoístas. *(Transición)* ¡Loco de mí! ¿Pero á qué llorar?... Hay que rebelarse contra la suprema imposición de la suerte y no mostrarse vencido. Mi caída sería como la del árbol gigante batido por el huracán contra el suelo ¡Cuántos pondrían su pie sobre mí! ¡No! ¡no!.. Hay que luchar, hay que vivir y vencer.

ESCENA IV

El mismo y el Alguacil, que empezará á hablar desde la puerta

ALGUACIL ¿Se puede pasar, señorito?... *(El Alcalde se limpia las lágrimas azorado. Aparte)* Anda pues también aquí ha habido lágrimas... y luego creen los *probes* que los ricos no lloran.

ALCALDE *(Serenándose)* Pasa, Quico. ¿Qué ocurre?

ALG. Nada, mi amo..., que como ya es hora de audiencia y *usté* no me llamaba como de costumbre, va y me dije, digo, pues cuando el señorito no llama, algo ocurre, y fuí y entré, por si *usté* se había puesto malo... porque yo, la verdad, me intereso mucho por su *salú*, que si *usté* se muere *sacabó* el pan de mi casa.

ACALDE Gracias, hombre, por el interés que muestras por tí. ¿Y no ocurre más que eso?

ALG. Sí, señorito, que ahí afuera están esperando para hablar con *usté* el Secretario del Juzgado

municipal, el Jefe de la cárcel, un Guarda de monte y un *probe* mudo que trae carta de socorro.

ALCALDE Bueno, pues mira: que pase primero el Secretario, que se esperen el Jefe de la cárcel y el Guarda, y al pobre dile que Dios le ampare.

ALG. Bien, señorito. *(Aparte y saliendo)* Ya sabía yo que á este le diría que no hay pan cocido.

ALCALDE Vaya, empezemos á ponernos la máscara para engañar al mundo. *(Se arregla en el asiento, tomando una postura de hombre grave, de personaje de importancia).*

ESCENA V

El mismo y el Secretario del Juzgado, el Alguacil y el mudo

Secretario del Juzgado *(Entrando)* Con permiso de usted, señor Alcalde.

ALCALDE Usted lo tiene, Secretario. *(Levantándose y cogiendo la mano que para saludarle tiende el Secretario).*

STRIO. J.° ¿Cómo sigue usted, D. Venancio?

ALCALDE Perfectamente, ¿y usted?

STRIO. J.° *(Tomando asiento enfrente del Alcalde)* Bien, gracias á Dios. Acaso no me esperara usted tan pronto por aquí.

ALCALDE *(Con picardía)* ¿Cómo no? En mi casa son bien recibidas, á todas las horas, las personas honradas como usted.

TRIO. J.° Mil gracias. (*Aparte*) ¿Lo dirá por burla?... Sí, pero es que este apresuramiento á cumplir el encargo que usted me hizo ayer pudiera, con motivo, hacerle creer me han movido á tal actividad otras miras que.....

ALCALDE *(Aparte).* El miedo que me tienes.

TRIO. J.° ...las desinteresadas de la buena armonía que reina entre nosotros.. á más de mi reconocimiento hacia usted á quien debo muchos y grandes favores.

ALCALDE (*Con gesto y ademán intencionado*). Ya sabía yo que usted no me faltaría. *(Aparte).* ¿Si le conoceré yo á usted?

STRIO. J.º (*Escamado y aparte*). ¿Si lo dirá con mala intención?... Si, los dos nos conocemos mutuamente hace ya mucho tiempo.

ALCALDE Y bien, qué, ¿me trae usted ese documento?..

STRIO. J.º (*Con misterio y en voz baja*. Sí, señor, pues no faltaba más.

ALCALDE *(En el mismo tono de voz)*. ¿Sí?... pues venga en seguida... (*en ademán de pedirlo)* antes que entre gente... este es un misterio que debe guardar aquí, entre los dos... ¡vamos!

STRIO. J.º Pero...

ALCALDE ¡Vamos! (*Mirando con temor hacia las puertas, llegando hasta tocarle la americana como si fuera á arrebatárselo).*

STRIO. J.º ¡Eh! D. Venancio poco á poco... Hora es ya que hablemos claro... Antes de entregárselo quiero decirle á usted dos palabras... (*Hablando á media voz*). Creo no ignora usted en la situación que yo me he colocado al satisfacer con mi mala obra su deseo. Desde ahora en adelante, me amenazan constantemente, de un lado la degradación en el concepto elevado en que me tiene el público y de otro, si esto se llegara á descubrir, el presidio.

ALCALDE Acabemos, en una palabra, que el tiempo urge ¿Qué es lo que desea usted?

STRIO. J.º *(Con adulación)*. D. Venancío, creo que en justicia mi sacrificio merece una recompensa.

ALCALDE (*Con mucha sorna*). Hombre, no hablemos de justicia, porque por justicia merecíamos usted yo mucho más.

STRIO. J.º Dejémonos de bromas.

ALCALDE Digamos si puede ser, si puede ser.

STRIO. J.º *(Un tanto amoscado)*. Pueda ó no pueda ser, usted no me promete ahora solemnemente, bajo su palabra formal, lo que me ofreció ayer, y me llevo otra vez este documeuto y en paz todo el mundo.

ALCALDE Bueno, hombre, caramba, es usted muy desconfiado. Yo le doy palabra de cumplir lo que prometí y aun más si me es posible.

STRIO. J.º Pues ahí tiene el documento. (*Se lo entrega. E*

el preciso momento en que el Alcalde coge el papel, se abre la puerta estrepitosamente y entran en pelotón el Alguacil y el pobre mudo; el primero dando golpes al segundo. El Alcalde al verse sorprendido, mete el documento debajo de él, sobre el asiento de la silla. El mudo hará muestras bien marcadas de que se entera dónde lo oculta. El Secretario sorprendido se pone de pie y no se sienta hasta que hayan salido el Alguacil y el mudo).

ALCALDE (*Incomodado*). ¿Qué es eso, Quico?...

ALG. (*Tendrá cogido por un brazo al pobre*). Nada, señorito, que ya he echado dos veces á patadas á este tío y no se quiere ir de esta puerta, porque dice que tiene hambre. (*Imitando la mímica del mudo*). Y que no se va si no le paga usted la carta de socorro, y al quererle coger *pa* tirarlo por la escalera, nos hemos metido aquí sin querer.

ALCALDE Vaya, Quico, más formalidad y más carácter. Echa á ese hombre fuera y que se espere, que le pagaré, siquiera para que se marche.

ALG. *(Sacando á empujones al pobre)*. ¡Ea! largo de aquí. *(Al salir se dejan la puerta medio entornada, por la que de vez en cuando asomará ràpidamente la cabeza el mudo, lanzando guturaciones y con gestos de corage y amenazas).*

TRIO. J.° (*Sentándose*) ¡Gracias que no ha sido otra cosa!

ALCALDE No vale el andrajoso el susto que me ha dado.

TRIO. J.° Señor Venancio: yo me retiro. *(Le alarga la mano, que el Alcalde estrecha amistosamente)*

ALCALDE Vaya usted con Dios y descuide.

TRIO. J.° Con su permiso voy á salir por la puerta de atrás, que hay menos gente y de paso saludaré á su señora y la niña.

ALCALDE Bien, como usted guste, (*A media voz*) y ya sabe usted, señor Secretario, silencio y á callar.

TRIO. J.° Pierda usted cuidado y adiós... (*El Alcalde se levantará y acompañará al Secretario hasta afuera de la puerta de las habitaciones interiores. En este instante en que queda la habi-*

tación sola, entrará corriendo y mirando con temor para las puertas el mudo, y robará el documento que estará todavía encima de la silla del Alcalde; una vez lo haya ocultado en el pecho, saldrá precipitadamente. En la puerta tropezará con el Alguacil, éste se liará á cachetes con él y le echará de allí á grandes voces).

ESCENA VI

El Alcalde y el Alguacil

ALCALDE (*Entrando otra vez*) ¡Pero, Quico!... ¿Qué escándalo es ese?...

ALG. (*Desde la puerta*) Nada, señorito, que no se marcha este tío de aquí más que le maten.

ALCALDE Hazle comprender que es inútil que espere; porque no se le ha de dar nada.

ALG. Si ya se marchó, n i amo; menuda tanda le *dao* de seguro no necesita comer para entrar en calor.

ALCALDE Bueno, márchate, cierra bien la puerta y estate atento para cuando yo llame.

ALG. Sí, señorito. (*Vase. El Alcalde, tan pronto se haya cerrado la puerta, se dirigirá ligero à su asiento à recoger los documentos. Al notar que no estàn donde los dejó, harà un gesto de disgusto y empezarà à registrarse y buscarlos por todas partes à la par que habla*).

ALCALDE ¡Caramba!... pues parece esto cosa de brujas. y no hay duda, yo lo dejé aquí y... no está. ni... aquí .. ni... a...quí... ni a...quí... (*Revolviendo ràpidamente todos los papeles de la mesa y quedàndose de repente parado, como haciendo memoria*) ¿El Secretario?... si no vi aproximarse á la silla... ¿El Alguacil?... tan poco... si no di tiempo para ello... Yo no los he cogido... ellos se evaporan... entonces ¿quién los ha robado ó á dónde han ido estos papeles (*Llamando*) ¡Quico!

ALG. (*Desde la puerta*) ¿Qué quiere usted, señorito

ALCALDE (*Con mal genio*) Que entres y cierres.

ALG. (*Aparte*) Qué le habrá pasado al amo?

ALCALDE (*Cogiéndole de un brazo*) Dime: ¿Quién ha entrado aquí mientras yo salí á despedir al Secretario?

ALG. (*Bastante apurado*) ¿Aquí?. . ¿Aquí?... *denguno:*

ALCALDE Júrame decir la verdad en lo que te pregunto.

ALG. Yo se lo juro, Sr. Alcalde, por mis hijas, por mi *defunta*. Pues no faltaba más *¿antonces* para qué estoy yo ahí? (*Señala à la puerta*) *manque* viniera *to* el pueblo, antes de que pasara uno, mataba de un tiro á catorce. (*Aparte*). ¿Los habrá cogido el mudo?... cualquiera se lo dice á este.

ALCALDE (*Soltàndole*). Bueno, vete y cierra otra vez.

ALG. Con su permiso. (*Vase*).

ALCALDE (*Sentàndose en su silla*). Tengo la seguridad de que aquí no ha entrado nadie y ya no me cabe duda que el que se ha vuelto á llevar los documentos es el Secretario... ¿Pero con qué objeto?... ¿tal vez arrepentido? En fin, ahora no queda otro remedio que esperar y si él se los llevó, él los soltará, sino es por buenas, por malas, conmigo no se juega de ese modo. ¡Quico!... (*Llamando*).

ALG. (*Entrando*). Señor.

ALCALDE ¿Decías que esperaba más gente?

ALG. Sí, señor, el Jefe de la...

ALCALDE ¡Ah!... ya, ya, que pase. (*Vase el Alguacil y entra seguidamente el Jefe de la Càrcel, que no traerà màs distintivo de su cargo que la gorra de uniforme galoneada y con escudo*).

ESCENA VII

Alcalde, Alguacil y Jefe de la Cárcel

JEFE (*Desde la puerta*). ¿Da usted su permiso?

ALCALDE (*Con tono soberbio*). Adelante.

JEFE (*Dentro*). ¿Cómo está usted, Sr. Alcalde?

ALCALDE (*Con sequedaa*). Bien. ¿Qué vientos le traen por aquí?

JEFE — Los de siempre, Sr. Alcalde.

ALCALDE — Sí, usted es una veleta que siempre indica los mismos vientos; está fija apuntando para las arcas del municipio. ¿Y qué quiere usted ahora?

JEFE — Dinero, señor Alcalde.

ALCALDE — (*Con sequedad*). Pues no lo hay, está la caja exhausta de fondos.

JEFE — (*Con seriedad*). Señor Alcalde, vea que no es posible seguir así. Hace cinco días que á los presos no se les da socorro y es una falta de caridad y una injusticia dejarlos de ese modo morir de hambre.

ALCALDE — (*Enfadado*) ¿Y qué quiere usted si no hay dinero? Déselo usted y luego ajustaremos cuentas.

JEFE — Señor Alcalde, esto es una burla intolerable. ¿Acaso se ha olvidado que se me adeudan siete mensualidades? Repito que esto no es posible siga así. Si hoy mismo no me facilita fondos para socorrer aquellos desgraciados y no se me abona algo á cuenta de mis haberes, para poder atender á las primeras necesidades de mi familia, doy suelta á los presos, que tienen deseos de entendérselas con usted, y luego aténgase á las consecuencias.

ALCALDE — (*Furioso*) Eso es una amenaza insolente.

JEFE — Sea lo que usted quiera, pero no hago más que cumplir con la obligación que me impone un cargo de conciencia y los deberes de un padre, que salta por encima de todo cuando ve á sus hijos en la miseria.

ALCALDE — ¿Sí? Pues yo le juro á usted que este paso que ha dado le ha de costar caro. Por de pronto prepare á su familia para un viaje largo, porque con esta misma fecha pido el traslado de usted eso si no le vuela el destino.

JEFE — Vea, señor Alcalde, que á mí el que me pierda puede encontrarme.

ALCALDE — (*Irguiéndose con soberbia*). No tengo que decirle más y haga el favor de retirarse. (*Indicándole la puerta. Vase el Jefe haciendo gestos de venganza*). ¡Pues no faltaba más que vengan así, rebelándose á mi autoridad!

(*Llamando*). ¡Quico!...

ALG. (*Desde la puerta*). Señorito...

ALCALDE (*Con mal humor*). Que pase otro.

ALG. Ahora mismo, señorito.

ESCENA VIII

Alcalde, Alguacil y Guarda de monte

GUARDA (*Con la tercerola colgada al hombro y el sombrero con escarapela puesto*). ¿Se *pué* entrar? (*Lo dirá cuando esté dentro*).

ALCALDE (*De malos modos*). Sí, pero ya le tengo advertido, que para entrar aquí, se deja el arma fuera y se descubre uno.

GUARDA *Güeno, siñor, asín* lo haré otro día... (*Aparte*). Pues ni aunque entrásemos en misa. (*Al Alcalde*). *Vingo siñor á relatarle* lo que *mi* ha *pasau pol* campo.

ALCALDE ¿Qué te ha pasado?

GUARDA *Pus* ya verá *osté*... A las tierras de los nuestros, como yo *siga* de guarda, no *sa cerca denguno* de los contrarios. Hoy traigo diez denuncias contra los del *sotro* partido. Yo me *dicho*, que los pastos del pueblo son solo *pa* los nuestros, y que los otros coman... no lo digo porque está *osté elante*.

ALCALDE ¿Y por qué son las denuncias?...

GUARDA *Miste, siñor* Alcalde... yo soy *asina*... No *hi* de parar hasta que eche del pueblo á todos los enemigos, *pa* que nos dejen solos, y lo he de conseguir á *juerza* de *cansalos* á denuncias y juicios.

ALCALDE Haber si algún día le enredan á usted las patas.

GUARDA (*Señalando á la tercerola*). No lo intentan porque *tien* que perder más que yo.

ALCALDE ¿Pero no me dice por qué son las denuncias?...

GUARDA (*Riéndose con malicia*). Pues... unas porque... sí, y otras, porque me da la gana... Yo soy *asina*.

ALCALDE (*Con satisfacción*). Bien, hombre, bien, eso me gusta á mí. Si sigue de ese modo tiene usted

destino para mucho tiempo. Vaya, retírese, hasta mañana.

GUARDA (*Con mucha adulación*). Hasta mañana, mi amo. (*Cuando llega á la puerta, deja paso al Secretario, y después de saludarle, sale cerrando bien la puerta*). *Güenas* noches, *siñor* Secretario. (*Vase*).

SECRETARIO Hola, tío Tiburcio.

ESCENA IX

Alcalde, Alguacil y Secretario del Ayuntamiento. El Secretario entrará y obrará con la misma confianza que si estuviera en su casa. Se sentará en la silla que habrá junto á la mesa, enfrente del Alcalde y dando frente al público. Después de dejar sobre la mesa un montón de papeles que traerá guardados, habrá un instante de silencio, en que se limpiará el sudor y hará muestras de cansancio, mientras el Alcalde le observa con mucha atención.

ALCALDE Vamos, hombre, habla y sácame de esta incertidumbre... ¿Podemos tener esperanza de salvarnos, sí, ó no?...

STRIO. Espera, ten un poco de paciencia... (*Se levantará y cerciorarà de que las puertas estàn bien cerradas y volverà à sentarse*). Hasta ahora no se presenta mal la cosa, si bien no está resuelto el problema. Por de pronto estaremos libres de espías, y podremos con entera libertad buscar de común acuerdo, una salida salvadora que no saque de este tremendo conflicto. ¿Vendrán los concejales?...

STRIO. No te digo que no.

ALCALDE ¿Dónde los has dejado?

STRIO, En la taberna del tío Miguel. Mandé les preparara una buena merienda, les hice comer como lobos y beber más, y cuando estaban como buitres, llenos de comida y de alcohol, les invité á que vinieran, pero, que si quieres, ni un intentó moverse; sentían pena por dejar los restos y la alegría del banquete. Todos me p

dieron les excusara su ausencia, que yo les agradezco con toda ei alma.

ALCALDE ¿De modo que estamos libres de ellos?

STRIO. Libres.

ALCALDE Pues abreviemos.

STRIO Sí, empecemos. *(Desenvolviendo los papeles).*

ALCALDE ¿Ajustastes la liquidación?...

STRIO. (*Sin dejar de examinar los papeles)* Sí.

ALCALDE ¿Hicístes el balance?...

STRIO. Sí,

ALCALDE ¿A cuánto asciende el déficit?...

STRIO. *(Presentándole un papel y en tono malicioso)* Poca cosa, á veinte mil pesetas.

ALCALDE Verdad que no era mucho si me hubiera pillado en otra ocasión, pero en esta, en que el pícaro vicio del juego me ha quedado sin un céntimo...

STRIO. (*Aparte*) Eso ya lo sabía yo. (*Fingiendo sorpresa*) ¡Anda! pues no me esperaba yo esto.

ALCALDE Sí, Tomas, sin un céntimo.

STRIO. *(Aparte)* Me alegro. *(Al Alcalde)* Entonces si que es mayor el conflicto de lo que yo creía.

ALCALDE Tomás, tú que me tienes probada en ocasiones análogas la perspicacia y desenvoltura para salir triunfante, ¿no hallará la agudez de tu ingenio una que nos saque de este trance apurado?

STRIO. Hombre, lo tenemos tan agotado todo, que no encuentro, por más que busco, ni una tabla donde podamos agarrarnos para sostenernos á flote. Y la catástrofe es inminente, no queda otro remedio que orientarse cuanto antes. ¡Si al menos esto se hubiera retardado un poco más en venir!... Pendientes y próximos á terminar tenemos los expedientes del arriendo de consumos, la poda del monte, las cédulas y otros que, sin tocar á más, darían ellos solos bastante para salir del paso y quedar nosotros bien arreglados para el invierno... pero, ahora, para el momento, no hay nada, nada. (*Aparte*) Traga la píldora.

ALCALDE Interésate por tí mismo, puesto que te alcanza la responsabilidad del desfalco de los fondos del Municipio.

STRIO. (*Aparte*) Ya te daré yo á tí.

ALCALDE ¿Habríamos de perder el puesto que ocupamos, ahora que más falta nos hace, ahora que nos brinda con mayores tributos?... Tú y yo somos los señores feudales de esta comarca, que, en verdad, hablando aquí entre nosotros, hemos sido para ella un azote. ¿No te pone carne de gallina el pensar en lo que nos amenaza?... el presidio y las iras del pueblo, que nos haría pasar por los mismos tormentos con que ha sido sacrificado.

STRIO. *(Aparte)* Ea, ya no espero más. ¿Has meditado tú bien?... ¿No te se ocurre nada?...

ALCALDE Nada, nada; cada vez me atollo más.

STRIO. *(Decidido)* ¡Bien! En este caso me encargas de arreglar el asunto, ¿no es eso?

ALCALDE Te doy amplios poderes.

STRIO. *(Aparte)* Ya caíste. Pues vamos á hacer el plan de batalla. Coge papel y anota lo que yo te yaya diciendo. *(El Alcalde coge papel y lápiz y se prepara á escribir)* Escribe... *(Redactando)* Esta noche hay que extender una orden al Comante del puesto de la Guardia civil... *(El Alcalde escribe)* para que mañana al rayar el alba se encuentre toda la fuerza á sus órdenes, incluso él en el cerro del Cabrero... *(Aparte)* A cinco leguas de aquí.... en donde, por confidencia secreta, se sabe para una numerosa partida de bandoleros. *(Al Alcalde)* Si mañana queda un solo guardia en el pueblo, se estropea el plan.

ALCALDE Pierde cuidado, que iré yo mismo á dar la orden.

STRIO. Otra nota... *(El Alcalde escribe)* Hay que buscar dos hombres curados de espanto, capaces de todo y buenos tiradores, para que apostados en la encrucijada del camino real y el atajo, detengan á cuanta gente venga en esta dirección, y examinen la documentación de los caminantes, obligando á volver á atrás, á toda persona que ofrezca sospecha y apresando de grado ó de fuerza á aquella que resulte ser el Delegado del Gobierno, que dicen vendrá mañana á inspeccionar las cuentas del Municipio. ¡Ah!... A estos hombres hay que enseñarles que antes de

dejarle llegar aquí ó que se les escape es preferible lo escabechen. (*Haciendo muestra de cortar el cuello*).

ALCALDE ¡Hombre! ¿No te parece eso algo violento?

STRIO. Sí, pero más violentas me parecen las amenazas que has expuesto antes.

ALCALDE Tú verás lo que convíene, doy por hecho lo que tú hagas y, en cuanto á los hombres que dices hacen falta, pierde cuidado, que yo dispongo de buena gente.

TRIO. (*Aparte*). ¡Ah!... otro encargo... Desde esta noche no dejarás salir de esta casa á los Alguaciles, ni á la puerta de la calle siquiera, y aquí estarán hasta que yo venga á levantarles el arresto. ¿Estás bien enterado?...

ALCALDE Sí, sí, pierde cuidado. (*Se guarda lo escrito en un bolsillo*).

STRIO. Bien, pues tú ahora, después que hayas dado esas órdenes, te vas á poner enfermo y te metes en la cama, con objeto de que no intervengas en nada, y no salgas á la calle aunque te vengan á buscar con palio, mira que de lo contrario nos perdemos.

ALCALDE Haré lo que me dices, y no creas que no me hace falta, porque, con estas cosas, estoy muy mal, me duele todo el cuerpo, la cabeza me bulle y si sigo así, no sé, no sé.

STRIO. ¡Ea! valor, no hay que amilanarse. (*Levantàndose*). ¡Con que ala! métete en la cama, que yo voy á empezar en funciones. (*El Alcalde se levanta y se dirige hacia la puerta de las habitaciones. Antes de llegar á ella se detiene y se vuelve hablar*).

ALCALDE (*Con misterio*). Dime... ¿Qué es lo que vas hacer?... (*Aparte*). Que yo temo...

STRIO. (*Incomodado*). Me das amplias facultades para obrar ¿sí ó no?

ALCALDE (*Dudando*). ¡Un!... sí, sí. (*Aparte*). De perdidos al río. (*Vase*).

STRIO. Pues bueno, retírate y déjame gestionar... hasta la vista. (*Le acompaña hasta la puerta*).

ESCENA X

Secretario del Ayuntamiento. Después que haya salido el Alcalde cerrará bien, y precipitadamente se dirigirá al proscenio, hablando para el público, con entonación maliciosa y gestos de pícaro, como si fuesé á decir algo que no quisiera lo oyeran todos.

STRIO. Trabajo me ha costado vencerle, pero al cabo lo conseguí. Llegó la hora tan deseada. Ha dimitido. (*Riéndose*) Aquí no hay más Alcalde que yo, y renuncio á mi autoridad en este instante (*Hace como que firma y rubrica en el aire*) Ya está. No me hace falta. (*Riendo*). He despojado al pueblo de las riendas del Gobierno.. y dirán ustedes: ¿para qué?... Tenía ganas de armar una tremolina... Y como salga bien de ésta me pongo las botas. Ahora inmediatamente voy á buscar á los míos... ya los tengo preparados... armados hasta los dientes; gente curtida (*con burla*), sagaz, que no ve á dos palmos de la nariz y me cree á pies juntillas... gente desertada de las filas de Mauricio el herrero... ¿pero que más da?... revolucionarios de cuerpo entero... Caeré entre ellos como una bomba... de gritos subversivos llenos de fuego y entusiasmo un discurso que le lleve á la convicción amasado con igualdad, justicia y fraternidad y ¡sus! á ellos... Yo, mientras tanto, ya sé á dónde di el golpe. Del pueblo á la ciudad, ocho horas otras ocho de vuelta, dieciseis... hay tiempo hasta para acuñar moneda. Si ois tocar las campanas al vuelo, allí están los míos. Si veis arder al pueblo por los cuatro costados, allí están los míos. Media hora de degüello y saqueo y ahora si que puedo yo decir aquello de: (*Esfozándose y à media voz*). ¡La propiedad es! ¡todos los bienes son!... ¡viva el!... ¡viva la! *Terminarà haciendo como si mordiera la le*

gua para no decir las palabras que faltan. Coge apresuradamente el sombrero, que lo tendrá sobre la mesa y vuelve corriendo al proscenio, pidiendo al público que se calle). ¡Chist!... Cuánta farsa tiene uno que hacer, cuánta mentira se tiene que decir para conseguir lo que se desea. *(Vase corriendo por foro).*

MUTACION

CUADRO SEGUNDO

Un camarachón, á todo fondo, de paredes ahumadas. No habrá más luz que la que penetre por la única puerta, á la calle, situada en segundo término de la derecha y la del fuego de la fragua. A la izquierda, puerta para las habitaciones interiores. Al foro, en el ángulo de la izquierda, la fragua y en el de la derecha el banco del trabajo. En el centro, y entre primero y segundo término, el yunque, al que rodearán gruesos martillos y diferentes herramientas de herrería. Se procurará dar á este taller el aspecto de una herrería pobre de pueblo y lo más oscura posible.

ESCENA I

La Vinagra, Mauricio, Oficiales, Aprendiz y un muchacho. Al alzarse el telón aparecerá junto al proscenio la tía Vinagra, hilando con la rueca y el huso y á su lado una devanadera antigua. Este personaje debe tener la presencia de una vieja con traza de bruja, desgreñada y desaliñada, de carácter enérgico, rabiosa en la manifestación de sus ideas de emancipación, á la par que simpática y *cariñosa en su trato*. Mauricio, trabajando en el yunque. Para dar más realce á este cuadro, pueden agregarse dos oficiales jóvenes que trabajarán con Mauricio y un aprendiz tirando de la cadena del fuelle de la fragua. Todos estos herreros estarán tiznados y con presencia desagradable. No habrá en la escena más muebles que unos taburetes de madera.

VINAGRA (*Incomodada*) Vamos, pues no faltaba más, que ni aun en su casa pueda estar una tranquila, que hayan de venir á insultar hasta la misma puerta...

OFICIAL 1.° / OFICIAL 2.° (*Se rien á carcajadas*).

No los haga usted caso, mujer, que es peor, debe usted tomarlo como cosa de chicos.

VNGRA. (*Muy incomodada*) ¿Que no?... ¿Que no?... (*En este momento se asoma á la puerta un muchacho y hace burla á la Vinagra. Fuera se oyen voces de otros que la llaman bruja*). ¿Pero no lo estás viendo?... ¡Mal haya tu estampa si no te como! (*Tira de la labor y sale tras el muchacho, volviendo al instante trayéndole cogido por una oreja. El muchacho entra temblando y espantado*).

MAURICIO
OF. 1.º
OF. 2.º
(*Dejan de trabajar y se rien á mandíbula vatiente mientras hablan la Vinagra y el chico*).

MUCHACHO ¡Ay, Dios mío!... ¡ay, Dios mío!... si yo no he sido... si yo... ¡ay!... ¡ay!... si...

VNGRA. (*Mirando para la puerta, dirigiéndose á los chicos de fuera en grandes voces*). Oye tú, pilongo, dile á tu madre que te quite costras y te dé vergüenza, que bien repoquísima tienes. El día que os coja... ris, ras... (*Haciendo muestra de cortarles el pescuezo*).

AUCH. (*Llorando*) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay, madre mía, si yo no he sido... si... yo... no...

'NGRA. (*Entrando con él para dentro y sentàndose en su silla*). ¿Con que tú no has sido?... Ven, ven acá, que hoy va á ser el último día de tu vida... Siéntate aquí. (*Le sienta á sus pies con muy malas maneras*) Vamos á ver. ¿Quién te ha dicho que yo soy una bruja?

UCH. (*Llorando*) Yo que lo he visto...

NGRA. (*Cogiendo al chico por los pelos*) ¡Demonio! ¡jinojo! Si no me valiera más... ¡aún! (*Haciendo como que le va à morder*).

AUR. Duro, cómaselo crudo.

F. 1.º
F. 2.º
(*Se rien á carcajadas*).

UCH. ¡Ay, no!... ¡ay, no!... si es... que... (*Intenta escapar, pero la Vinagra le sujeta*).

GRA. Ven, ven acá y contesta... ¿Quién te ha dicho que vengas á insultarme?...

CH. Mi padre.

GRA. ¡Cómo! ¿Quién es tu padre?...

CH. El señor Andrés, el Juez municipal.

GRA. ¿Con que el Juez?... ¿Lo ves tú, Mauricio? ¿Lo ves?...

UR Sí, sí, parece mentira.

CH. Yo no quería, porque tengo miedo, pero él si no vengo me pega... Dice que la llame motes *pa* que usted me pegue, *pa después metela* en la cárcel.

RA. ¿Y qué te ha dicho que me llames?...

CH. No lo digo, que me va usted á morder...

VNGRA. Dilo, dilo, que no te hago nada.

MUCH. *(Con miedo)* Pues... garduña, bruja escobera y buho de campanario.

VNGRA.
OF. 1.º
OF. 2.º
(Se rien à carcajadas).

MUCH. Pero yo no he querido llamarla más que bruja.

MAUR. Oye, pequeño, tu padre es el Juez ¿verdad?...

MUCH. Sí señor.

MAUR. El Alcalde es tu tío ¿verdad?...

MUCH. Sí, señor.

MAUR. El Cura es tu hermano ¿verdad?,..

MUCH. Sí, señor.

MAUR. Y el Alguacil y el Sacristán y el Monaguillo son parientes tuyos ¿verdad?...

MUCH. Sí, señor.

MAUR. Pues, hijo, no te arriendo la ganancia con la tutela. Tu familia es una bandada de aves de mal agüero. Ande, madre, dígale usted lo demás.

VNGRA. Ya lo creo que se lo voy á decir, pero antes quiero darle una cosa para que se acuerde de la bruja. Poneros uno en la puerta para que no se escape este pájaro.

OF. 1.º *(Se coloca en la puerta. La Vinagra entra en las habitaciones y saca un pedazo de pan mu moreno, mientras el chico, que cree que la vie ja va à por alguna cosa para castigarle, en pieza à llorar á gritos, buscando por dóna escapar. Los oficiales le torean y le hace burl el aprendiz.)*

MAUR. Calla, muchacho, ó te tiro á la fragua.

VNGRA. *(Aproximàndose al chico y ofreciéndole el pa.* Toma; ven acá.

MUCH. Ay, no... por Dios... que ya no volveré.

VNGRA. ¿Cómo que no?... Sí, hijo, sí, vuelve por aq cuando quieras. *(Con sorna y aparte)* Yo aseguro que no vuelve este ni á la rastra. Tor este pedacito de pan, no tengo otra cosa c qué obsequiarte... Algo moreno es, pero no h otro.

MUCH. Gracias, no me gusta.

VNGRA. ¿Por qué? remonín. *(Con sorna).*

MUCH. Porqué esfá negro.

VNGRA. Bien; pues eso quería yo, que te fijaras en el color... Mira, ya que no lo quieres comer, guárdatelo para que lo pruebe tu padre, y le dices de mi parte que de este pan tan negro y amargo, porque se amasa con lágrimas y sudores, es del que toda la vida han comido la bruja y su hijo, porque el blanco se lo comen las aves de rapiña, los aguiluchos de plumaje dudoso, los cuervos, las lechuzas y...

MAUR. ...demás alimañas, raposas, comadrejas, vulpejas de la sociedad, entre las cuales la más astuta es tu padre.

VNGRA. Llévate también, en la frente, este beso que te da la bruja como sello de paz (*le besa*), para que cuando te vuelvan á mandar á que me insultes le digas que es inútil, porque... *(con mucha malicia)*

en astucias y agudezas
en su logro,
tan astuta es la zorra
como el zorro.

MAUR. Eso es (*riéndose*).

LAB. 1.° Tiene usted razón.

LAB. 2.° ...Tan astuta es la zorra, como el zorro (*riéndose*.

ESCENA II

Los mismos, Labrador 1.° y 2.° y gentes del campo. Antes de terminar el verso la Vinagra, entrarán gentes del campo, con herramientas (gadanas, hoces, etc.), los que también reirán el dicho de la vieja, quedando alrededor de ella y del muchacho.

LABRADOR 1.° Suelte usted ese avión, que nos va á llenar de piojuelo.

LAB. 2.° Sí, sí, échele de aquí, porque la va á meter la peste en casa. Ya *pué* usted desinfectar con espliego, porque *dende* que le *guipé* me *golía* á *pudre* de código.

VINGRA. Sí, vete, vete y que no te vuelva á ver por aquí... ¿Ves aquellas tenazas grandes y negras? Pues

son para echarte al horno ardiendo. Con que ¡ala!... huye... (*Suelta al chico, que no se atreve á marchar*)... y, que no den lugar en el pueblo á que yo baje un día y, así... así... aún... aún... aún... aún... *Haciendo muecas de arañar y morder, con los gestos màs feos posibles, se llevará á empujones hasta la puerta al chico, que espantado escapará gritando)*... á patadas y mordiscos y arañazos, arrojé de él, arrastrándola, á toda esa familia de vampiros chupadores.

MAUR. Bien dicho.

LAB. 1.° Eso, eso hacía falta.

LAB. 2.° Yo, yo la *compaño* á usted, que no pienso de *matá* el hambre hasta que no me coma una buena *ensalá* de clero con caciques.

LAB. 1.° Y cómo ibas á *regoldar dimpués* ¿eh?...

LAB. 2.° Pues, *fegúrate,* á jamón curao..

TODOS *(Se rien).*

MAUR. Puedes *purgarte pa* preparar el estómago, porque si las cosas siguen como van, creo lo lograrás pronto.

LAB. 1.° ¡Qué me dices, Mauricio!... ¿Pero es verdad?...

LAB. 2.° ¡Si tu boca fuera un ángel!...

VNGRA. Más que ángel es, pues ya se empieza á sentir el empuje brutal que nos ha de obligar á los malos á romper los diques de eso que llaman legalidad, y que yo, en verdad, no acierto cómo he de llamarla, pues vivo confundida ó engañada, porque no sé ya con certeza si los buenos son los que viven dentro de ella ó, por el contrario, son los mejores los que hallándola sin escrúpulos saltan por todo. *(Se sienta en su silla y se pone á hilar).*

MAUR. Tiene usted razón, madre, ya no se puede decir quiénes son los malos ni los buenos, ni cuál es lo legal ni lo ilegal, tal es el amasijo que la sociedad ha hecho de lo justo é injusto. (*Labrador 1.° Se sienta en primer término derecha los otros á la izquierda, cerca de la tía Vinagra. Los oficiales trabajando en el banco Mauricio en la fragua.)*

LAB. 1.º (*Sentándose*) Pero qué diantre de vieja... ¿No ves, Mauricio, qué cosas se le ocurren?...

LAB. 2.º Ya, ya, es un *poblema*... No sabe uno si lo malo es lo bueno ó lo bueno es lo malo... del caño al coro y del coro al caño... (*Se ríe*).

LAB. 1.º No *mestraña* que la llamen á usted bruja y digan que es *mu* mala, porque con esas *retólicas*...

VINGRA. Eso; no debiera extrañarse, porque, si tú y otros infelices, fuéseis como yo, obligaríamos con lo que llaman nuestras maldades, á que esos que se dicen buenos dejaran esa lucha sorda é hipócrita y se presentasen f.ente á frente, á ver si entonces, cuando os llevaran como manadas de corderos, restrallando el látigo en vuestos rostros, sentíais en el escalofrío del dolor la dignidad de hombres.

LAB. 1.º ¿Pero es que *entavía* quiere usted que nos castiguen más?...

VINGRA. Sí, sí, más, más, porque sólo á fuerza de castigo se os podrá obligar á que les probeis que sois mejores que ellos.

LAB. 2.º ¿Como á los perros?...

VINGRA. Justo, como á los perros.

LAB. 2.º No, tía Vinagra, no, ya basta de castigo, que es muy grande, si no vea usted la prueba. (*Se quita el sombrero y muestra la frente, en la que se distinguirá muy marcada la parte tostada por el sol y la que libra el sombrero.* ¿No ve usted esta raya que llevo en la frente?... ¿No la dice nada?...

VINGRA. ¡Ya lo creo!

LAB. 2.º Sí, dice que estoy *abrasao;* que estoy curtido por los hielos y el sol.

LAB. 1.º ¿Y las manos?... Mire las mías, tía Vinagra, parecen los cascos de un caballo de duras que están.

MAUR. Eso indica que trabajamos como bestias.

LAB. 2.º ¿Y *pa* qué? Mauricio ¿*pa* qué?... (*Poniéndose de pie*). Mira, esta mañana al punto de *manecer* estaba yo en la era *rendío* ya de cansancio de tanto aventar, cuando me quedé un momento *parao* mirando el sol que salía por cima los mon-

tes. ¡No sabes que hermosa estaba!... ¡Yo no sé lo que pasaba por mí mirando aquello! .. ¡Qué chorro de fuego! Bajaba bañando los montes, iluminando los valles, luego la ribera, *dimpués* el río que *paecía* de plata, y llegó á la era y á á mi que estaba en ella emborrachándome en su luz.. y mira Maurício, no pude menos que *quitame* el sombrero *pa saludale agradecío* en nombre de todos los que le reciben por igual, sin distinción de clases; en nombre de aquellos que, abrigando la ingratitud en el pecho, no se atreven, como yo, á mirar al sol cara á cara, porque les dice cosas *mu* grandes y que duelen mucho... Cuando *sacerca* á mi el *siñor Guergorio, el mi amo*... el que me paga, el que me paga, y va y me dice... (*Imitando al amo*). ¿Qué haces *parau?*... ¿No has visto nunca el sol... ¿O estás *filosofando?*... Me dió vergüenza, y voy y le digo: Estaba mirando el trigo *siñor Guergorio*. Y va y me dice: ¿Y qué te parece?... Me parece que no ha tenido usted nunca mejor cosecha. *Miusté, minsté* qué montones tan grandes, qué *dorao*, con el sol *paecen* ascuas. Y va y dice: Pues mira, todo eso que ves, es oro, y se echó á reir de satisfacción .. Se marchó, y yo me quedé, como él dice, *filosofando* en lo que me había dicho. ¡Todo aquello era oro! ¡oro puro! . y tenía razón ¿no te *paice* Mauricio?

MAUR. Sí, oro para comprar esclavos.

LAB. 2.° Eso *mesmo* me dije yo, y me dieron ganas de *prendele* fuego, pero no lo hice porque me acordé que aquellos granos eran parte de mi mismo; yo les había *dao* la existencia restando mi vida á fuerza de sudores y trabajos; parte de mi sér estaba en ellos, y al fin, no tenían culpa de la Ingratitud de los hombres.

LAB. 1.° Hicistes bien, no te pene... hubieras *dejao* al señor *Grigorio* por puertas...

VNGRA. ¡Por la caridad entra la peste!... Muchas veces el perjuicio de uno redunda en beneficio de todos, y además dime: de aquellos montones de

trigo que valoras como el oro y que vive tu propia existencia ¿qué parte te corresponde como recomprensa á tu generosidad?. .

LAB. 2.º ¿A mí?... *Miusté,* apenas si me tocarán cuatro granos por fanega.

VNGRA. Pues mira, reune en un montón todos los que te toquen en ese injusto reparto, y ponlo al lado del que se apropia el que de ese modo te paga, y después de compararlos mira á ver si te encuentras satisfecho con aquella mísera proporción; si con ella queda recompensada tu labor diaria y fecunda.

LAB. 2.º No, repacho, no

LAB. 1.º Es verdad, es verdad, no, no.

MAUR. Tiene usted razón, madre... pero eso con el tiempo se arreglará... Las sociedades futuras, en su evolución constante por la emancipación de los derechos...

VNGRA. ¡Mentira! ¡mentira!... El eterno sueño del futuro. Esa es la táctica fracasada de nuestros abuelos, dejar para las generaciones del porvenir una labor que, pudiéndose hacer en el presente, prescindimos de ella, no por convencimiento de su inutilidad, sino por miedo, pobreza en el espíritu, voluntad en los corazones...

MAUR. ¿Pero cómo se iba á arreglar esto ahora de golpe y porrazo?...

VNGRA. ¿Que cómo?... Toda vez que en la sociedad actual sois considerados como de clase inferior los hombres que vivis de vuestro propio esfuerzo, y apercibidos por esta causa de que el trabajo degrada y envilece, esas herramientas que empuñais con amoroso afán, no sirven más que para labrar las cadenas de vuestra esclavitud; el día que las abandonéis podréis asegurar que empieza para vosotros la hera de redención; hasta tanto no tenéis derecho á quejaros de la suerte.

LAB. 1.º ¿Y qué hacíamos *dimpués?* ¿Con qué comíamos?

VNGRA. Después, cuando por dejar vosotros el trabajo tuvieran ellos que hacerse las labores de sus

haciendas, ya se humanizarían sus instintos al convencerse de lo criminal que es el comer el pan ganado con el sudor del prójimo.

LAB. 1.° ¿Y si no fuera así?

VNGRA. *(Con rabia)* Si aun con eso no conseguíais dominar á las fieras, si no se ablandaban las entrañas de las hienas y los chacales, y esto en un relámpago de ira no hacía germinar en vuestros espíritus la idea redentora, entonces, raza de eunucos, indigna de mejor suerte, como último extremo, aun os quedaba un derecho que nadie puede negaros, el recurso del alacrán perseguido que, cobarde ante el peligro inminente, clava sobre sí su ponzoñoso aguijón y muere. *(Mientras dice lo anterior la Vinagra harán los labradores las exclamaciones siguientes):*

LAB. 2.° ¡Vaya! ¡vaya!
LAB. 1.° } *(Se rien á carcajadas todos).*

MAUR. ¡Eso es una atrocidad!... No hagáis caso de lo que dice ahora mi madre, porque es que se la enciende la sangre.

LAB. 2.° Sí, sí, tiene el juicio *demasiau juerte. (Disponiéndose á marchar).* Vaya, vamos á trabajar que ya es hora.

VNGRA. Sí, á trabajar, y en primera fila, á servir de guía á la reata. *(Los labradores se disponen à marchar, y cuando llegan à la puerta se vuelven à escuchar á la Vinagra. De pie).* Escuchad.. os voy á preguntar una cosa... ¿No se os ha ocurrido nunca pensar que las guadañas y las hoces pueden servir para segar otras cosas que no sean las mieses del campo?...

LAB. 1.° Ya lo creo, tía Vinagra. Quién sabe si no tar dando servirán para eso. *(Haciendo señas a cortar el cuello).* En fin, allá veremos.. Hasta luego...

MAUR. *(A los oficiales).* Bueno, muchachos, basta de trabajar y á comer, así bajáis todos juntos hasta el pueblo. *(Los labradores esperan un instante y salen con los oficiales).*

LAB. 2.° Eso es, iremos juntos.

LAB. 1.º Hasta la noche.
TODOS Adiós.

ESCENA III

La Vinagra y su hijo. (La Vinagra se quedará mirando á la puerta hasta que desaparecen los labradores, después hablará para el público).

VNGRA. Acabo de sembrar la cicuta... esperemos el fruto... hace falta veneno... ¡veneno!... ¡mucho veneno!... es el remedio de los grandes males... Vaya, Mauricio, vamos á comer, creo que ya es hora.

MAUR. Cuando usted quiera. *(La Vinagra prepara una mesita pequeña que colocará al lado de su sillita, Mauricio recoge la herramienta)*. No se por qué habla usted á estas gentes de esta manera...

VNGRA. Me da la gana. Ya es hora de que dejen de vivir á obscuras, que abran los ojos y vean la luz de la razón, que muestra las cosas tal como fueron, son y deben ser.

MAUR Sí, pero esos consejos...

VNGRA. Son el Oriente hacia donde deben mirarla. El que los siga, la verá en horizontes abiertos. *(La Vinagra penetra al interior por la comida)*.

MAUR. En fin, cada uno es dueño de juzgar las cosas á su voluntad... Yo emplearía otros medios, porque si yo me dejase dominar por los arrebatos... *(Mostrando los brazos desnudos)*. ¿Qué no haría yo con estos brazos? Sería capaz de moldear la humanidad, de la misma manera que lo hago con los hierros más fuertes á los duros golpes de la forja. *(Sale la Vinagra y coloca la comida sobre la mesa)*.

VGRA. Vamos, siéntate. *(Se sienta la Vinagra á la izquierda de la mesa y Mauricio dando frente al público)*.

MAUR. ¿Qué son, patatas?...

VGRA. No, es gloria...

MAUR. Pues para poca gloria, más vale estar en el infierno.

ESCENA IV

La Vinagra, Mauricio y Blas. En el preciso momento en que se lleven la cuchara á la boca, se presentará en la entrada el tío Blas disfrazado con ropas miserables, haciéndose el mudo y pidiendo limosna; Mauricio y su madre se quedarán mirándose como consultando lo que deben hacer.

MAUR. Hermano, que Dios le... *(La Vinagra le corta la palabra, tapándole la boca).*

VNGRA. *(Al pobre).* Pase *usté. (A Mauricio).* A un hermano no se le niega nunca un pedazo de pan. *(Al pobre).* Siéntese usted y coma. *(Le pone una banqueta y le da su cuchara. Se sentará à la derecha, enfrente de la Vinagra).* Lo que hay en esta casa es de todos. *(Blas rehusa y hace muestras de gran excitación y agradecimiento).* Siéntese caramba. *(Se sienta Blas, pero antes de empezar pretende besarles las manos, al impedirlo ellos eleva los brazos dando gracias al Cielo. En toda esta escena se le deberà dar à este personaje el mayor carácter dramático posible).*

VNGRA. Nada, nada, deje *usté* eso para el postre, que no habrá otro.

MAUR. Quite usted y déjese de tonterías. *(Empiezan á comer todos, Mauricio y su madre alternan con la misma cuchara).* Y qué, buen amigo, ¿viene usted de muy lejos?

BLAS *(Hace señas con la mímica, indicando que de muy lejos, muy lejos).*

MAUR. Mire usted, madre, que lástima que sea mudo, cuántas cosas nos contaría de por esos mundos.

VNGRA. ¡Cuánto se sufrirá viviendo errante, sin pueblo ni hogar, siempre en marcha por los caminos! *Verdà usté?.*

BLAS *(Asintiendo con grandes muestras de dolor).*

VNGRA. ¡Pobre hombre! ¡Desgraciado!

MAUR. Pues mire usted, yo también tengo rodando por el mundo nada menos que á mi padre.

BLAS *(Le interroga con la mímica que si él).*

MAUR. Sí, sí, el mío, el mío. ¡Dios sabe dónde andará el pobrecito! Mire usted que fué un hecho cri-

minal, una injusticia muy grande la que le obligó á huir lejos de nosotros... Ya es casi seguro no le volvamos á ver... y vea usted lo que son las cosas... hoy tengo miedo de verle... porque si él supiera que nada menos que la hija del culpable de su martirio iba á ser la mujer de su hijo...

BLAS *(Con mucho interés interroga que sí la suya).*

MAUR. Sí, mi mujer ó poco he de poder. Yo he de romper con esta alianza los odios de las dos familias. (*El pobre deja violentamente la cuchara y se levanta con expresión sombría y triste, indicando que se marcha. Intenta volverles á besar las manos, ellos se resisten y entonces les bendice, haciendo sobre ellos la cruz).* A nosotros no, á esos hierros, á las herramientas es á las que debemos bendecir. (*El pobre asiente emocionado y se dirige con ligereza hasta el yunque, se pone de rodillas, le abraza y le besa. Levantándole*). Bueno, hombre, bueno, que va usted á concluir por enternecerme y verme llorar como á un chiquillo. (*La Vinagra se enjuga las lágrimas*). Ea, adiós y hasta otra, si tropezamos en el mundo. *(El pobre se despide).*

VINGRA. Que tenga usted *salú* y buena suerte.. (*Al llegar á la puerta Blas se detiene y da paso á un tropel de gentes del campo, que entran precipitadamente y sin fijarse en él se dirigen á Mauricio Se queda sorprendido escuchando arrimado en el interior de la puerta*).

ESCENA V

Los mismos, Labrador 1.° y 2.° y gentes del pueblo.

LAB. 1.° ¡Mauricio! ¡Mauricio!... Llegó la hora.

LAB. 2.° Venimos á por ti... anda que abajo te esperan...

MAUR. (*Sorprendido*). ¿Pero qué ocurre, qué sucede?...

LAB. 1.° ¿De veras que no lo sabes?...

LAB. 2.° La revolución, Mauricio, la revolución...

MAUR. ¿Pero quién?... ¿Cómo?... ¿Queréis hablar?...

LAB. 2.° Lo que nosotros no nos atrevemos hacer lo han hecho ellos... Ardiendo están las casas de *cuasi toos* los ricos del pueblo, la iglesia, el Ayuntamiento. A la cabeza y en primera fila va el Secretario con una bandera roja en alto. (*Cogiéndole del brazo*). Anda, vamos, vamos con los nuestros, con nuestros hermanos...

VNGRA. Sí, vamos, hijo mío, y yo contigo, es una deuda sagrada que debemos satisfacer.

MAUR. No, déjame, déjame, yo no quiero ir á la destrucción yo quiero crear, crear...

LAB. 2.° No *quio dejate*. Tienes que venir con nosotros hasta el fin.

MAUR. ¿Pero á qué llamas tú el fin?

LAB. 2.° Eso que *toos* deseamos: ser ricos.

VNGRA. Ricos, no; iguales, iguales.

LAB. 1.° *Mia* tu con lo que salen ahora... Nosotros que te llamábamos el Apóstol, el Mesías y ahora resulta que los nuestros enemigos nos ofrecen más, nos dan más esperanzas.

LAB. 2.° ¿No es verdad, tía Vinagra, que lo de los ricos es nuestro?...

VNGRA. Igual que suyo...

LAB. 2.° Pues vamos á por nuestra parte... (*Se coge del brazo*). Vamos, vamos...

MAUR. ¡No puedo, no puedo!...

LAB. 2.° ¿Cómo que no *puées?* ¿Has vuelto la chaqueta? ¿O *ties* miedo? ¡Miedo sí! Pues déjanos á nosotros *pa* aprovecharnos del tiempo.

LAB. 1.° Sí, hoy ó nunca... (*Salen los labradores corriendo y quedan Mauricio y su madre pensativos*).

ESCENA VI

La Vinagra, Mauricio, Blas y Secretario del Ayuntamiento.

VNGRA. ¡Pero hijo mío! ¿Así tiramos por tierra la fe de nuestros ideales?

MAUR. Calle usted, madre. No sé qué misterio rodea á estos sucesos que me obliga á detenerme. El

pueblo que se amotina en unas horas... Una revolución que se fragua en un instante... ¿Sabemos el principio que la suscita y el fin que la motiva?... ¿Quién la promueve?... (*En este instante se presenta en la puerta el Secretario del Ayuntamiento. Llevarà formando un lío, un saco debajo del brazo, y para mejor efecto de su entrada, la harà todo desabrochado, despeinado y con el espanto en el rostro. Su entrada sorprende à Mauricio y su madre*).

STRIO. (*Desde la puerta*). ¡Yo!...(*Entrando*). Yo, Mauricio, yo que me he pasado al campo de los suyos.

MAUR. ¿Tú?... no te creo...

STRIO. Sí, yo, Mauricio, y como prueba, mira; aquí te traigo esto... ¡un tesoro!... la ríqueza de la iglesia, lo que acaparan los ricos... tuyo es todo, haz de ello lo que te plazca... (*Deja el saco en el suelo y saca de él una custodia ó un cáliz dorado*). Mira, Mauricio, ¡oro! ¡es oro!...(*Mauricio y la Vinagra al ver la reliquia retroceden asustados*).

NGRA. Infame, tú eres un ladrón...

TRIO. (*Irguièndose con ira*). ¿Yo?...

AUR. Sí, tú... Un miserable ladrón, un asesino, que asustado de su propia obra pretende, engañando á un inocente, ocultar su infamia... Recoge inmediatamente esas joyas y huye de aquí. (*Coge un grueso martillo*). Y no te mato en este momento porque no crean ha sido por robarte... Cógelo y aléjate antes de que se agote mi paciencia...

SRIO. Cien veces he puesto en peligro mi vida, no temo á la muerte y he de hacer que me escuches... Ya sabes que soy vengativo... ¿Quiéres hacer un pacto conmigo?...

MAUR. (*Amenazante*). ¡No!

SRIO. Pues queda cumplida mi venganza. (*Sale corriendo. Mauricio y su madre quedan sorprendidos un instante y después se abrazan*).

MAUR. ¡Madre, estamos perdidos!... (*El abrazo durarà un momento, durante el cual el pobre coge*

el saco y sale corriendo, pero es visto por Mauricio que, en una exclamación de corage, coge un martillo y sale tras él. La Vinagra le sigue asustada).

MAUR. Ladrón, ¿también tú?

VNGRA. ¡Hijo, hijo mío! no le mates... (*Antes de salir de escena telón rápido*).

MUTACION

CUADRO TERCERO

La escena representará la perspectiva de las afueras de un pueblo ue se verá en las lejanías del fondo. A derecha é izquierda bosques y equeñas montañas. La acción se desarrolla en un descampado grande

ESCENA I

Después de alzado el telón entra el tío Blas llevando el saco debajo l brazo. Su entrada deberá ser muy dramática, casi corriendo, jadean- y asustado, se detendrá en medio del escenario como el que se orienta r dónde ha de escapar. De repente se iergue, como si quisiera domi- r más lejos de lo que alcanza la vista, y dando un grito de espanto ja caer al suelo el saco y rompe á llorar. En este momento entra en ena Mauricio corriendo, lleva el martillo en la mano, se dirige á él idamente, le coge del brazo y levanta el martillo para darle en la ca- a, pero detiene el golpe, porque el pobre, con los brazos en alto, le lora perdón, pronunciando gutturaciones que ayudarán á dar al per- age mayor carácter dramático.

El tío Blas, Mauricio y la Vinagra.

MAUR. Al fin te cazé, viejo astuto.

BLAS *(Queriendo detener el golpe del martillo)*. ¡No! ¡no!...

MAUR. Si no mirara tus canas te rompía el cráneo de un martillazo...

BLAS ¡No!... ¡no!...

MAUR. ¡Ah!... ¿Con que ahora hablas? taimado. (*Baja el martillo*).

BLAS (*Intenta abrazarle)*. ¡Oh!... ¡No!... ¡no!...

MAUR. *(Le rechaza de un empujón que le hace tambalearse)*. ¡Quita allá!...

BLAS *Coge con una mano el saco y mira para todas partes, como quien teme le sorprendan*).

MAUR. (*Cogiendo también el saco*). Suelta, suelta tu presa, ladrón, ó te mato. (*Le amenaza con el martillo)*.

BLAS. (*Suelta el saco después de disputarlo un ins-*

tante y retrocede dos pasos asustado. Hace un movimiento como si fuese á hablar y se tapa la boca. La Vinagra entra corriendo; empezará á hablar desde dentro y al pisar la escena se dirige furiosa á increpar al pobre).

VNGRA. (*Desde dentro*). ¡Hijo! ¡hijo mío! no le mates... (*En escena*). ¡Ladrón!... ¡ladrón!... ¡criminal!..

BLAS. (*Desesperado*). ¡No!... ¡no! Yo no...

VNGRA. ¡Tú, sí!... ¿A dónde ibas á ocultarlo?... Te ha comprado, verdad?...

BLAS. (*Quiere hablar y se detiene, tapándose la boca con las dos manos*). ¡Hu!...

MAUR. No te tapes la boca y habla, que no creo ya en tu mudez...

VNGRA. Sí, habla y dinos qué fin te proponías...

BLAS. ¡Hu!...

VNGRA. Habla, habla...

BLAS. (*Dando un rugido al destaparse la boca*). ¡Salvaros, salvaros!... pero ya es tarde... mirad... estamos perdidos... (*Señalará al fondo izquierda, por donde luego entrarán las autoridades, guardias y gentes del pueblo, armados. Antes de entrar se oye una voz fuerte que echa el alto; al escucharla, el pobre, Mauricio y su madre se reunen formando grupo, dejando á la Vinagra en medio, quedando los tres en silencio y serenos, mirando hacia aquella parte*).

ESCENA II

Los mismos, el Secretario del Ayuntamiento, el Alcalde, Alguacil, Guardias y gentes del pueblo

STRIO. (*Entrando y dirigiéndose al Alcalde*). Vedlos ¿Dudáis ahora?... Ahí los tenéis con el cuerpo del delito... (*Entran los Guardias y gentes que á toda prisa y con las armas prevenidas, rodean á los detenidos*).

ALCALDE (*Desde el fondo, sin atreverse á avanzar, aparte*). ¿Pero es verdad?... Será posible?... ¡Siempre, siempre ellos!... ¡Qué horrible tormento!...

GUARDIA 1.º Dense presos...

MAUR. ¿Yo? ¿por qué?...

BLAS Ya estoy.

VNGRA. (*Con entereza*). ¡Somos inocentes!...

STRIO. Inocentes y se les pilla con las manos en la masa.

GUAR. 1.º Ya era hora de que estos pájaros cayeran en la red.

ALG. Anda, repacho, este es el mudo de marras. Ya no me cabe duda, fué el que robó el documento *al mi amo*. Voy *á velo*. (*Se dispone á registrarle*).

BLAS No hace falta que se me registre; sí, yo lo tengo, véanlo. (*Lo saca del pecho*). Pero no se lo entrego á nadie más que al Alcalde. (*Se adelanta hacia él*). D. Venancio, aquí tenéis la prueba de mi único delito. Yo, más generoso que usted, se la entrego para que (*mirando al Secretario y recalcando la frase*) hagáis de ella lo que os plazca. (*El Alcalde se queda pensativo con la vista en el suelo*). Qué, ¿no la queréis?... ¿No os atrevéis á mancharla con vuestras manos?...

ALCALDE (*Con soberbia*). ¿Quién es usted, que se atreve á insultar á la autoridad de esa manera?

BLAS ¿Yo?... (*Se quita la peluca y la barba*). Vedlo .. Creí me habrías reconocido...

ALCALDE ¡Ah!... estoy perdido...

VNGRA. (*Arrojándose en sus brazos*). ¡Marido del alma!...

MAUR. (*Abrazándole*). ¡Padre!..

BLAS (*A Mauricio*). Sí. ven á mis brazos, ven, pero no me llames tu padre porque no lo soy. ¡Ojalá pudiera serlo!... Tu padre es este. (*Señalando al Alcalde*).

MAUR. (*Con sorpresa*). ¡Cómo! ¿luego soy hijo de mi mayor enemigo? ¿Hermano de la que cifraba todas mis esperanzas, todas mis ilusiones?... ¿Pero es verdad, madre?

VGRA. Verdad es, hijo querido, mas no creas á tu madre capaz de ninguna infamia. Un día ese hombre (*indicando al Alcalde*) arrancó con engaños el corazón de tu madre para arrojarle como una

piltrafa en el cieno; otro hombre, éste, *(por el tio Blas)* más noble y generoso que él, le recogió y lavándole con su honor le purificó de todas las bajas miserias. Hoy me toca á mí arrancar el suyo y ponerle á tus pies para que lo pises. No es una venganza, es una sanción de justicia y queda hecha. *(Señalando al Alcalde)*. Ese ese hombre que te persigue es tu padre.

BLAS — Sí, pero en este momento deja de serlo, porque yo voy á romper los lazos que os unen destruyendo este documento, único que justifica esa verdad. *(Le prende fuego)*.

ALCALDE — *(Queriendo impedirlo)*. ¡No, no! ¿qué va hacer?...

BLAS — Consumar vuestra obra... Ya está hecho. *(El Alcalde retrocede y tapándose los ojos, cubierto de espaldas para ocultar la vergüenza, estará así hasta el final.)*

STRIO. — ¡Guardias!... acabemos, llevaos á este ladrón.

GENTES — Sí, á la cárcel, á la cárcel...

GUARDIA — Pero por fin, sepamos á qué atenernos. ¿Quienes son los delincuentes?...

VINAGRA — Somos inocentes.

POBRE — Los ladrones, los asesinos, los incendiarios son. *(Se queda señalando al Alcalde y al Secretario sin terminar de decir quién, porque Mauricio tapándole la boca y poniéndose al frente dice)*.

MAURICIO — Yo, yo he sido, prenderme...

GENTES — A todos, todos á la cárcel...

MAURICIO — Bueno, pues sea, todos juntos, pero antes de partir dejadme decir unas palabras. *Desde el proscenio al público)*. Si alguna vez en el camino de vuestra vida os tropezais con alguno de esos rebeldes que la sociedad expulsa de su seno, miradle con caridad, tenedle compasión, porque quién sabe si será Mauricio el herrero.

VINGRA. — *(Al público)*. No, no son la caridad ni la compasión remedio para los males de la sociedad, sobre tierra fecunda la semilla está echada, humanidad, espera! que ella florecerá y dará su fruto.

TELON

FE DE ERRATAS

Página	Línea	Dice	Debe decir
5	27	Va haber	Va á haber
7	11	Bástate	Bástete
22	36	ellos se evaporan	ellos no se evaporan
32	26	No los haga	No les haga
37	2	se le ocurren	se la ocurren
38	24	V va y dice	Y va y dice
40	21	el juicio	el genio
45	13	suyos	tuyos
47	15	gluturaciones	guturaciones

La Sociedad de Autores Españoles y sus representan
son los encargados del cobro de los derechos po
representación de esta obra.
Quedan cumplidos todos los requisitos que marca la